

SEXTO CONCURSO NACIONAL DE DRAMATURGIA EUGENIO DITTBORN

MARÍA ESTER MARTÍNEZ SANZ

Profesora Instituto de Letras U.C

Miembro del jurado del Concurso Eugenio Dittborn

El Sexto Concurso Nacional de Dramaturgia Eugenio Dittborn 1991, Premio Especial Quinto Centenario, tuvo como tema "La utopía del hombre americano en busca de nuevos horizontes". Se presentaron 29 obras, resultando finalistas las siguientes:

1º Premio: **La Compañía Chilena de Zarzuelas Españolas***. Autor: José Pineda Devia

2º Premio: **Fuera del mundo**

Autor: Vittorio di Girólamo Carlini

1ª mención: **Nukay-Nukay**

Autor: Enrique Hales Jamarne

2ª mención: **La conquista del sur**

Autor: Orlando Alvarez Hernández

3ª mención: **Colón, El quijote del mar**

Autor: Antonio Laudauro

Una utopía es un juego de ficción que idealiza, modela, da forma y representa, de un modo no real, hechos del pasado u otros imaginarios no situados en un tiempo histórico. Por lo tanto, el tema de este concurso presentaba más de un desafío. Se trataba de reestructurar una realidad conocida—desde una perspectiva actual— que evaluara y propusiera formas utópicas desde una visión de mundo que estuviera en correspondencia con la experiencia del hombre de fines de siglo.



La tarea era doblemente interesante puesto que, además de recrear, exigía interpretar una actividad propia del ser humano, quien por su naturaleza está en constante búsqueda de respuestas y nuevos horizontes.

Al conocer las condiciones en que cada utopía pudo hacerse realidad y descubrir los escollos contra los cuales luchó, los autores desde ya estaban considerando su realización y tenían al mundo como testigo y protagonista de cada una de estas utopías. El seguimiento de sus orígenes y el planteamiento de otras perspectivas era equivalente a llegar a comprender cabalmente el contraste entre los pueblos que dieron origen a estas hazañas y los pueblos actuales. A la vez, permitía mostrar con qué facilidad la memoria histórica y personal va dejando atrás el sueño o idealismo inicial.

La obra titulada **La Compañía Chilena de Zarzuelas Españolas**, del escritor José Pineda Devia, obtuvo el primer premio. Se trata de una comedia cuyos personajes son muy verosímiles y están contruidos con gran solidez. Asimismo, en el tratamiento del tema, el autor muestra un buen manejo del humor, de las emociones y del sarcasmo.

La obra está construida desde un modelo conocido. Por esto mismo, y a diferencia de otras utopías, no trae noticias de un posible lugar ni

* Que se estrenó en el teatro de la Universidad Católica el 8 de Octubre de 1992, con el nombre ¡Cierra esa boca, Conchita!.

describe reinos perdidos u olvidados. Se trata de revivir la historia, pero invirtiendo el orden: América va al encuentro de España.

Con mucho ingenio, la acción se centra en el viaje que un panadero español hace con su esposa, sus obreros, una empleada mapuche y una profesora de folklore para conquistar España. El resultado es una sátira que rescata, con gran sentido del humor, varios aspectos de la identidad nacional. Además, la obra propone un tema de reflexión y debate: la exploración del entorno planetario para indagar acerca de los caminos que hay que recorrer para descubrir y enfrentar la realidad.

Quizá al utilizar la zarzuela, una forma musical muy española, el autor —a las puertas del siglo veintiuno— nos está recordando la siempre postergada utopía: la integración de formas, maneras y personas.

El segundo premio lo obtuvo Vittorio di Girólamo con **Fuera del mundo**. Desde una perspectiva muy original, el autor presenta simultáneamente el Descubrimiento y la Conquista desde la visión de mundo anglosajona y española. Esta doble vertiente desarrolla y contrasta las distintas situaciones por medio de escenas que tienen una fuerte tensión dramática. Se plantea, por ejemplo, la muerte de la utopía española y el afianzamiento del pragmatismo anglosajón que, para preservar la unidad política, la independencia y la soberanía, utiliza a corsarios para extender su dominio.

En la Navidad de 1586, el corsario Cavendish llega a lo que fuera el fuerte "Nombre de Jesús" fundado por el español Pedro Sarmiento de Gamboa, en el Estrecho de Magallanes. Dos sobrevivientes reviven la historia y son asesinados cuando celebraban, junto a unos indios, el nacimiento de Cristo.

Di Girólamo muestra el fin trágico de una utopía en que aborígenes y europeos se incorporan en pie de igualdad a la obra española. Se trataba de una fundación establecida por hombres libres, como parte del reino de ultramar.

La hazaña del Descubrimiento vuelve a ser

celebrada y recreada desde el punto de vista del dramaturgo Enrique Hales. Si Colón se maravilló con lo que encontró allende los mares, el autor nos sorprende al desmitificar al Almirante.

Nukay-Nukay presenta a un hombre derrotado de regreso de su último viaje. Es en el reino de lo onírico donde se revela su mundo interior; Colón, al igual que el mundo, ha perdido su idealismo. Su ambición se ha desatado al ver a los nativos adornados con objetos de oro (Nukay, nukay). Las alucinaciones le hacen creer que está llegando a los dominios del mítico Gran Kan y, también, le hacen revivir su desesperación e impotencia frente a Fernando e Isabel cuando ellos no cumplen con lo estipulado.

La ironía dramática llega a su punto álgido cuando conocemos los comentarios de los nativos cuando las carabelas se hacen a la mar para regresar a España; son conceptos que ponen en primer plano el des-encuentro de las dos culturas. Las respectivas visiones de mundo se han enfrentado, ha habido atropellos y muertes, pero los nativos se sienten victoriosos porque han descubierto que los españoles "no son dioses, ni son buenos. Y mueren igual que todo animal".

La obra se desarrolla con originalidad y altura de miras. Sin embargo, tiene algunos momentos débiles, por ejemplo, la escena cuando Fernando e Isabel sostienen una conversación que adquiere un tono casi grotesco por lo absurdo de su contenido.

La segunda mención honrosa la obtuvo **La conquista del sur** de Orlando Alvarez Hernández. Esta obra presenta, a través de diálogos, una valiosa y bien informada página de la historia de Chile: la colonización alemana del sur de Chile. La historia transcurre a mediados del siglo pasado cuando llegan a Valdivia, Osorno y Llanquihue grupos de inmigrantes dispuestos a sacar adelante a sus familias y las tierras que les fueron asignadas. La manera como dieron cima a semejante obra hace comprender al mismo tiempo que ésta es irrepetible. En este sentido la obra viene a ser un canto de alabanzas a los méritos de los colonos y

a los chilenos que concibieron y ayudaron a hacer posible esta utopía.

Si bien se podría decir que el motivo lo constituyen las aventuras y desventuras de los alemanes y chilenos entregados en alma y cuerpo a esa dura tarea, el tema central está dado por el triángulo sentimental que se desarrolla entre un chileno, un alemán y una chilena. Este triángulo toma un cariz de tragedia a lo Romeo y Julieta, pero termina en forma feliz gracias a la generosidad de uno de los jóvenes.

Debido a que la acción no es lo más importante, lo que haría difícil poner en escena esta obra, se podría decir que la intención del autor es recrear y re-presentar, desde una perspectiva más humana, hechos similares a los narrados por Vicente Pérez Rosales en **Recuerdos del pasado**.

La tercera mención honrosa la obtuvo **Colón, el quijote del mar**, de Antonio Laudauro. En este caso, el dramaturgo también desmitifica una serie de perspectivas consagradas por la tradición, para poner de manifiesto una singular perspectiva teológica de Colón.

Se podría decir que se presenta un fenómeno de intertextualidad, ya que se apela a la figura y experiencia del **Viejo marinero de la balada** del mismo nombre, escrita por el escritor romántico T. S. Coleridge. En esta obra, el protagonista mata sin razón al ave que acompaña al barco y, para expiar su pecado, va por el mundo relatando su historia. También viene a la memoria la historia del **Holandés errante** y tantos otros motivos similares presentes en nuestra tradición literaria.

Antonio Laudauro presenta un Colón que se siente escogido para una empresa de carácter sobrenatural. De hecho, declara haber recibido directamente de Dios y de la Santísima Virgen el encargo de llevar a Cristo a través del océano. Pero se trata de un Quijote, que "como el hidalgo manchego, día y noche, en silencio, lleno de obstinación y amargura, (va) al encuentro de su trágico sino" (página 5).

La tarea, vista como producto de un destino inexorable, se vislumbra desde el primer acto. Un hombre busca a Colón desde hace ocho años, para vengar un asesinato que el Almirante habría cometido para robar el mapa con las claves para la navegación a las Indias. Por su parte, Colón también ha debido andar errante para convencer a otros y poder llevar a cabo su proyecto y, así, si fue a verdad la insinuación de asesinato, como el viejo marinero, expiar su culpa.

Hasta esta parte, esta perspectiva no deja de ser interesante; sin embargo, en el segundo y tercer acto se va modificando. Colón deja de ser un hombre manejado por el destino y se convierte en manipulador de situaciones y personas para lograr sus fines. Parece motivarlo el hecho de que, si bien hasta entonces su nombre es un sonido vacío, "pronto resonará en el mundo entero" (página 12).

En el último acto, la acción toma características mesiánicas. Colón, acongojado, pronuncia palabras que son un eco de las de Cristo en la Cruz. Sin embargo, poseen una ambigüedad tal que podrían interpretarse de varias maneras. Por ejemplo, siguiendo con la idea de la culpa y la expiación, al cumplir su misión, Colón ha quedado libre y puede encomendar su espíritu al Señor. Pero también existe la posibilidad de que su falta de alegría se deba a una visión profética de los sufrimientos que vendrán a consecuencia del Descubrimiento.

Todas las obras que se presentaron a este concurso descubrían, es decir, ponían de manifiesto, aspectos que estaban tapados, revestidos u ocultos, de nuestra historia. Como sabemos, el curso de la humanidad es un continuo sucederse de culturas que se van enriqueciendo las unas con las otras. Sin duda, el esfuerzo y el talento de los veintinueve autores que respondieron a esta convocatoria, modificaron no solamente su propia perspectiva y la de las personas que tuvieron la delicada tarea de servir de jurado, sino al patrimonio cultural chileno que celebra las formas nuevas que no olvidan a ninguno de sus componentes.